

SEMIÓTICA DEL PAISAJE URBANO

LIZARDO ÁLVARO GÓNGORA VILLABONA

I. INTRODUCCIÓN

Los asentamientos humanos se caracterizan como “urbanos”, es decir, como mundos que requieren, para su conservación, crear, desarrollar e incrementar relaciones permanentes y armónicas del individuo con la naturaleza, con la comunidad, con las construcciones y con las redes presentes en cada asentamiento.

Una de las formas en que el habitante percibe y comprende los asentamientos humanos es el paisaje urbano. Este es por su condición misma, un mediador de sentido, una realidad semiótica. Cuando se habla de la condición semiótica del paisaje urbano, se está hablando de su capacidad de mediar –como signo–, conocimientos de los asentamientos y –como símbolo– sentidos innovadores sobre los mismos.

Por su condición social, el ser humano necesita insertarse como actor social, como sujeto de derechos y responsable de deberes en su mundo urbano de una manera plena, activa y permanente, ya que es solamente en este contexto en donde puede lograr su desarrollo personal y social. Es un derecho que emana directamente de su condición humana, un derecho que no es adquirido ni recibido de otros. Los paisajes urbanos, por su dimensión semiótica, permiten comprender las múltiples relaciones entre los diferentes grupos sociales y la manera como se insertan o se marginan entre sí en el seno de la comunidad urbana. Estos procesos de inclusión o exclusión se manifiestan de diferentes formas. En este artículo se focalizan nociones básicas del paisaje urbano, su ecología y su complejidad relacional.

2. EL PAISAJE URBANO

El paisaje urbano como imagen es un constructo de la percepción sensorial de los asentamientos por parte de los habitantes en la vida cotidiana. La percepción que se tiene del asentamiento no es de lo que éste es en sí mismo, sino de aquello que se construye desde el imaginario personal y/o colectivo, en cada momento y en cada lugar. Dichas percepciones se configuran como experiencia estética y, por lo mismo, como referente ético que orienta su comportamiento ciudadano. De esta manera, el paisaje urbano incide en la calidad de la convivencia urbana, porque permite al ciudadano orientar cotidianamente su actividad personal y social, utilizando como referentes no sólo las formas físicas que se integran en la ciudad, sino –principalmente–, las percepciones globalizantes del paisaje urbano como complejo de relaciones humanas que constituyen y consolidan el asentamiento urbano (Lynch 1984:13, 61).

A partir de sensaciones integradas, los asentamientos son percibidos como realidades heterogéneas, complejas, en las cuales se da una tensión entre el orden y el caos, entre lo claro y lo confuso, entre lo estable y el cambio, entre lo perceptible y lo oculto. Por ello, para comprender el paisaje urbano, es necesario por parte del morador realizar procesos de hermenéuticos que, a partir de las percepciones de las formas exteriores en la cotidianidad, le permitan comprender niveles más profundos del sentido de su habitar.

Como realidad semiótica, el paisaje posee no solamente un significado cultural, sino, además, un fecundo potencial simbólico que permite a sus habitantes enriquecerlo desde el mundo de su subjetividad creativa del imaginario, con sus valores y tradiciones, sus mitos y leyendas, sus proyectos y aspiraciones, su historia personal y colectiva, que posee como soporte de su memoria histórica. Esta interacción entre lo subjetivo y el mundo físico percibido da origen a la diversidad de visiones paisajísticas que de sus asentamientos tienen los miembros de cada grupo social y al comportamiento que frente a las mismas pueden adoptar, tanto a nivel personal como social (Lynch 1984:159). El paisaje urbano es, por lo anterior, parte fundamental de la existencia urbana del ser humano, de su calidad de vida individual y social: “La organización simbólica del paisaje puede contribuir a aliviar el medio, a establecer una relación emocionalmente segura entre los seres humanos y su medio ambiente total” (Lynch 1984:153).

La experiencia paisajística urbana incluye el transitar por las vías del asentamiento. El tránsito es una forma de interacción social, es entrar en relación con otros, es ir hacia otros y sus mundos. Todo tránsito implica cambios espacio-temporales, subjetivos y sociales. El contacto con los otros en el espacio público es un contacto superficial, si se quiere aparente, como dice Simmel, pero no por ello irreal (Joseph 1988:30). Los paisajes urbanos que construye el ciudadano en su paso por los diferentes lugares influyen en el sentido signo-simbólico de lo urbano y en el comportamiento que cada habitante adopta en su cotidianidad. Es en este sentido que el paisaje, como experiencia estética urbana, determina el tipo de ética de los moradores (Zárate 1991:175).

La percepción de lo urbano se dinamiza en el paso de un lugar a otro y ello es posible gracias a las vías: vías peatonales, calles, avenidas, troncales, ciclo-rutas, etc. Las vías son uno de los elementos fundamentales de todo asentamiento urbano ya que hacen posible la vida cotidiana: *via est vita*. Todo desplazamiento se origina en un punto fijo y se propone llegar a un punto previsto. En la cotidianidad urbana, los desplazamientos son espacio-temporales. Por ello, el punto fijo de partida se constituye, a su vez, como punto de retorno. Las redes viales permiten establecer relaciones entre el territorio personal y el territorio de otros; gracias a ellas, se amplía el territorio propio y se entra en contacto con grupos o personas de otros territorios (Doxiadis 1976:20; Lynch 1960; Zárata 1991:199).

Según Beatriz Sarlo, “la mirada hace al paisaje”. Así, la noción de paisaje se enriquece porque empieza a sintetizar discursos provenientes de diversas disciplinas: ciencias naturales, sociales, económicas, técnicas o artísticas. Visto desde esta nueva perspectiva, el paisaje aparece como una de las prácticas que utilizan el conocimiento humano para conocer su realidad exterior:

... el término paisaje designa normalmente al conjunto, total o parcial de elementos componentes y sus articulaciones –mirados, percibidos y contemplados con ópticas diversas– del territorio físico exterior al observador, que lo enfrenta en el momento en que toma conciencia del mismo... Es una imagen selectiva e ideológica en cuanto a su apariencia formal y diversa de acuerdo con el sujeto que percibe el territorio. (Sassi 1999:13)

2.1 *Sujeto y paisaje*

Por ello, el paisaje es una producción existencial del sujeto, que reescribe en detalle y creativamente un segmento del territorio urbano. En consecuencia, el paisaje urbano es de naturaleza subjetiva y no una simple copia segmentada del espacio urbano (Sassi 1999:13). Deja de ser el *hortus conclusus* que fue hasta el siglo XVIII y amplía la mirada al territorio urbano circundante. Por su multidimensionalidad, es teatral y lúdico: permite configurar mundos posibles que pueden servir para liberar de la angustia cotidiana al morador o, con su poder de “extrañamiento”, permitirle reflexionar sobre las condiciones sociales en las cuales está viviendo. La mirada subjetiva imprime al paisaje urbano un carácter antro-po-geográfico que implica tanto el espacio físico, su geografía, como su temporalidad, es decir, su dimensión histórica (Sassi 1999:11-17).

El asentamiento urbano es un espacio de vida que se vive, se valora, se siente de manera diferente por quienes lo habitan y lo recorren, ya sea a nivel individual o colectivo. Condiciona el comportamiento de sus habitantes en la mediación de las percepciones que cada individuo tiene de su entorno urbano, es decir, en la mediación de las imágenes que dichos moradores construyen de su entorno. Es a partir de estas imágenes que el habitante comprende sentidos signo-simbólicos de la complejidad de la estructura urbana. Este proceso es igualmente complejo porque exige tanto el pensar como el sentir, tanto el conocer como el imaginar.

Dichas imágenes, como conjunto heterogéneo y contradictorio de percepciones, se integran en una textura compleja de sentido. Por ello, no es posible comprender su complejidad sin incluir lo que aparentemente tienen de marginal, secundario o residual. Su posibilidad de teorización está condicionada por su relatividad y pluralidad. Es el resultado de procesos racionales e irracionales, de lo mental y de lo pasional, del sujeto *sapiens* y del sujeto *demens*, de lo claro y lo oscuro, de lo visible y de lo oculto, de lo dionisíaco y de lo apolíneo que se anida en la vida íntegra, en cada momento de su historia (Morin 1992:131).

La comprensión del paisaje urbano es experimentada, es vivida en cada momento de una manera única y, por ello, no puede extrapolarse en el tiempo, ya que cada experiencia es la experiencia irreplicable del presente. El sentido del paisaje de hoy no es el mismo de ayer ni será el mismo de mañana. Es una experiencia individual y social. Con base en lo anterior, se puede afirmar que el sentido del paisaje urbano se apoya tanto en la experiencia personal y subjetiva como en la vivida en sociedad. Es una experiencia de vida y de su proyección en la polisemia de lo social. Ello implica que su sentido simbólico supera lo racional e incluye lo imaginario, lo posible.

2.2 *Una semiótica de lo urbano*

Por lo anterior, la semiótica urbana está en la capacidad de reconstruir el sentido colectivo de las comunidades, de lo que se denomina el universal concreto, la socialidad, ya que el pluralismo de la persona y el de la colectividad se nutren mutuamente. Cada situación expresa características diferentes de la comunidad y permite construir una visión cada vez más rica de la experiencia social, de la intersubjetividad, de la comunicación (Banchs y otros 2007:47). Es esa misma polidimensionalidad de la vida cotidiana la que fundamenta, en primer término, el sentido signo-simbólico del paisaje urbano (Gadamer 1996:85; Silva 2010:165-168).

En cuanto mirada fragmentaria de la totalidad urbana, el paisaje incluye una tensión permanente entre armonía y conflicto, entre caos y ordenamiento. Por ello, hace posible la construcción de sentidos opuestos de lo urbano (Góngora 1996:174). El paisaje urbano se exterioriza e interioriza permanentemente, y este movimiento se caracteriza por las tensiones permanentes entre estos dos polos. En cada cultura, estas relaciones son más o menos importantes. En todas ellas, las expresiones pueden ser consideradas banales, funcionales, científicas o artísticas.

Como fenómeno, el paisaje da origen a una sucesión de manifestaciones (epifanías) y evanescencias sensibles que hacen perdurable –en punteado– la presencia de toda la vida mundana de lo urbano. Su realidad es fenomenal y, por ello, el desprecio de las apariencias origina también el desprecio del mundo. En el paisaje urbano se expresan tanto la interacción social como los conflictos que toda interacción implica. Ello permite construir los códigos que sirven de barrera o de apertura a la comunicación urbana, es decir, los códigos que sirven de “puente y puerta” (*Brücke und Tür*),

como propone la metáfora simmeliana; ésta se refiere a todo aquello que une y que separa. Permite ver cómo “las personas humanas están divididas sin división, y unidas en la división”, porque las personas son ante todo relación (Maffesoli 2007:137-139).

Siguiendo esta metáfora de Simmel, si en el asentamiento prevalece “la puerta”, se privilegia la agregación fusional en el seno de los diferentes espacios urbanos. Si prevalece “el puente”, los diferentes lugares urbanos se convierten en la base a partir de la cual van a organizarse “salidas” que poco a poco van a constituir el escenario de una nueva socialidad, en la cual se une el mundo local con el mundo de otros. Si se asume el paisaje urbano desde esta perspectiva holista o vitalista, podemos comprender desde él los elementos básicos de la existencia bio-antropológica (Gadamer 1996:84).

3. ECOLOGÍA

El paisaje urbano es la mirada sobre las complejas relaciones que se dan en los asentamientos urbanos entre naturaleza y sociedad, es decir, sobre la ecologización del mundo social y la socialización de la naturaleza. La condición semiótica del paisaje urbano permite la valorización de la geografía natural de su territorio, de su identificación cultural local y la generación de prospectivas urbanas innovadoras que permitan soñar e innovar los asentamientos (Sassi 1999:31). Por ello, el paisaje es una mirada de condensación espacio-temporal, de carácter bio-cultural, holístico y, por lo mismo, ecológico. Se trata aquí de una interrelación compleja que configura el asentamiento y que no permite dejar de lado ninguno de sus elementos formalizados, ya que son parte del todo urbano y, por lo mismo, permiten conocer integralmente la existencia de la realidad urbana. En ésta se entrelazan los imaginarios del individuo y del grupo social con la naturaleza, en una fuerza vital, de carácter ecológico, en una totalidad en la cual nada es marginal.

La visión ecológica de lo urbano surge de la mirada sobre las complejas relaciones entre naturaleza y sociedad. Estas relaciones son los elementos fundamentales de una ecología urbana y de su mundo social. Se busca gozar (hedonismo) socialmente aquí y ahora de los placeres que ofrece la tierra. Se pasa de buscar el goce de los trascendentalismos religiosos o filosóficos, para reubicarlo en el inmanentismo del mundo, la tierra, la vida y la experiencia (Maffesoli 2007:178). Es la vivencia natural que engendra una innegable vivencia social.

El paisaje proyecta lo urbano hacia una unidad cósmica en la cual todos los elementos de la existencia social y natural remiten los unos a los otros, repercuten unos en otros. Unidad que vincula a los seres humanos con el cosmos –como parte del universo– y a los seres humanos entre sí. La reconciliación entre la naturaleza y el sentir urbano conduce a la armonía social. Por ello, el paisaje, en su sentido más amplio, es la *anamnesis* (el no-olvido) de la unión intrínseca de los asentamientos con la naturaleza. Y es este vínculo el fundamento de las relaciones sociales (Maffesoli 2007: 181, 186).

La emoción y el goce del paisaje influyen en la estructuración social concreta. La comprensión del paisaje es básica para la comprensión de la cultura de las sociedades postmodernas, porque la cultura se apoya en dimensiones naturales, imaginativas, orgánicas. La coincidencia entre naturaleza y cultura acentúa el carácter barroco de la postmodernidad: el mundo social donde la cultura se naturaliza con el fin de culturalizar a la naturaleza. Ambición constante que renace siempre de la “*coincidentia oppositorum*” (encuentro de opuestos) (Maffesoli 2007:189).

Los elementos naturales tienden a armonizar al ser humano con el cosmos. La relación con la naturaleza en cuanto alteridad absoluta, el gran Otro, permite integrar a estos pequeños otros que están en la proximidad paisajística. La relación del mundo social con el mundo de la vida es lo que permite desinteresarse de lo lejano, trascendental y anecdótico y preocuparse por las relaciones concretas y por las solidaridades afectivas. La fuerza natural se encuentra simbolizada en el fundamento mismo de la figura emblemática de Dionisio, el dios enraizado (*ctónico*). El instinto de ebriedad, de creación, la potencia dionisiaca, eran esencialmente “extáticas” (éxtasis: salir de sí mismo). Lejos de ser una abdicación del espíritu, la atención a la naturaleza permite explorar de una manera más completa y más coherente el universo simbólico de la socialidad concebida como la matriz de todas las relaciones urbanas.

La sinergia entre la naturaleza y lo social es estética: es el sentir (*aisthesis*) la naturaleza en comunidad. “El mundo en que estoy es siempre un mundo que constituyo con el otro de la manera más efectiva: un mundo común” (Jacques, citado por Maffesoli 2007:197). La condición semiótica del paisaje urbano permite comprender el sentido bio-antropológico de lo urbano. En el mirar urbano, el ser humano toma conciencia de sí mismo como ser relacional, como ser biológico y social. La perspectiva ecológica culturaliza la naturaleza y naturaliza la cultura. Se pertenece al mundo urbano sólo a través de una comunidad de seres humanos y, por ello, no se puede descubrir el sentido de la vida cotidiana más que utilizando la mirada de estos mismos (Maffesoli 2007:202).

Es la conjunción de la estática y de la dinámica lograda al mirar lo urbano, la que permite comprender lo que Durand ha llamado el “trayecto antropológico”, en donde se opera “el incesante intercambio que existe a nivel del imaginario entre las pulsiones subjetivas y asimilativas y las intimaciones objetivas que emanan del medio cósmico y social”, en la medida en que “existe una génesis recíproca que va del gesto pulsional al ambiente material y social y viceversa” (Durand, 2007:102-103).

4. LA INCLUSIÓN-EXCLUSIÓN URBANA

La condición relacional o proxémica del ser humano hace de su vida urbana una trama comunitaria que incluye tanto las relaciones con el otro como las relaciones con el territorio. Los paisajes urbanos, por su dimensión semiótica, permiten com-

prender las múltiples relaciones entre los diferentes grupos sociales y la manera como éstos se insertan o se marginan entre sí en el seno de la comunidad urbana.

La pobreza es una forma de exclusión multidimensional que se manifiesta en muchos de los paisajes de los asentamientos latinoamericanos. Si bien ninguna sociedad puede ser totalmente homogénea, toda sociedad debe dar a sus miembros la posibilidad de incluirse como miembros de la comunidad urbana. En el caso de la pobreza, esta posibilidad no existe y, por ello, la existencia de estos grupos carece de posibilidades de vivir dignamente (Pardo 2008:54ss.).

En este sentido, se entiende la pobreza como una condición de vida en la cual, por diferentes causas, se limitan tanto los medios materiales como sociales para desarrollar una vida humana digna. Dichas limitaciones o privaciones afectan fundamentalmente los niveles básicos de existencia no sólo de los individuos, sino también de la calidad de los componentes de los asentamientos humanos: naturaleza, construcciones, personas, comunidad y redes de comunicación. La exclusión se opone a la integración social, a la armonía social: es una posición desintegradora de la vida del individuo y de su comunidad. La noción de exclusión es muy compleja, tanto en sus efectos como en sus causas. Implica un estado de despojo de las condiciones de vida personal y social e impide tanto a las personas como a los grupos el derecho a satisfacer sus necesidades y sus derechos como miembros de la comunidad urbana.

5. CONCLUSIÓN

El paisaje urbano es, por su condición misma, una realidad semiótica que permite al morador percibir y comprender el sentido complejo de su existencia personal y social.

Por morar sobre la Tierra, el ser humano necesita construir asentamientos que adecuen la naturaleza a su condición bio-antropológica. Los asentamientos humanos se caracterizan como “urbanos”, es decir, como mundos que requieren para su conservación, crear, desarrollar e incrementar relaciones permanentes y armónicas.

La mirada paisajística es una mirada sobre las complejas relaciones que se dan en los asentamientos urbanos entre naturaleza y sociedad, entre la ecologización del mundo social y la socialización de la naturaleza.

La perspectiva semiótica de lo urbano permite comprender el sentido de proximidad y lejanía, de acogida o rechazo, de empatía o antipatía, de inclusión o exclusión que se manifiesta en las relaciones humanas y que expresan en mayor o menor grado la posibilidad de la vida urbana como una forma de vida humana digna.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BANCHS, M. A. Y OTROS (2007) “Imaginarios, Representaciones y Memoria Social” en *Espacios imaginarios y representaciones sociales: Aportes desde Latinoamérica*, coordinado por Ángela Arruda y Martha de Alba. Barcelona: Anthropos Editorial.

- DOXIADIS, CONSTANTINOS A. (1970) Ekistics, the Science of Human Settlements. From Science, v.170, no.3956, October 1970, p. 393-404.
- GADAMER, H-G. (1996) *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós, I.C.E. de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- GÓNGORA, A. (1996) *El actor social, ¿Un símbolo postmoderno?* Bucaramanga: Ediciones UIS.
- JOSEPH. I. (1988) *El transeúnte y el espacio urbano*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- LYNCH, K. (1984) *La imagen de la ciudad*. México DF: Editorial Gustavo Gili.
- MAFFESOLI, M. (2004). *El tiempo de las tribus*. México: Siglo XXI Editores.
- _____ (2005) *El Conocimiento ordinario, Compendio de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2007) *En el Crisol de las apariencias. Para una ética estética*. Madrid: Siglo XXI.
- MORIN, E. (1992) *El Paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*. Barcelona: Editorial Kairós.
- PARDO ABRIL, N. G. (2008) *¿Qué nos dicen? ¿Qué vemos? ¿Qué es... pobreza? Análisis crítico de los medios*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Lingüística. Instituto de estudios en Comunicación y Cultura. IECO.
- SASSI, M. T. (1991) *El paisaje hacia el tercer milenio*. Escala Editor.
- SILVA, A. (2010) “Los imaginarios y lo público” en *Cultura Ciudadana y Gobierno Urbano, Enfoques y nuevos escenarios*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá y Universidad nacional de Colombia.
- ZÁRATE, A. (1991) *El Espacio interior de la ciudad*. Madrid: Editorial Síntesis.